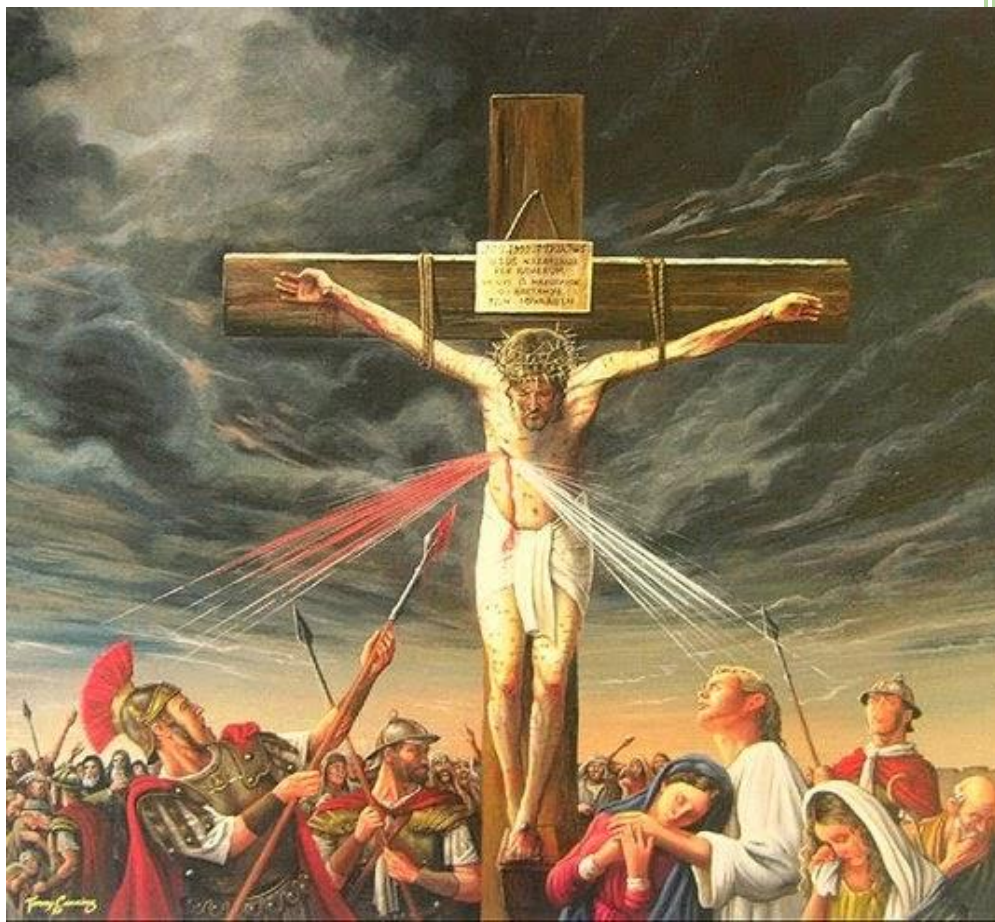


La cruz de Cristo símbolo de amor



Guía para
vivir Semana
Santa 2020

La cruz de Cristo símbolo de amor

Retiro de Semana Santa del lunes 06/04 al sábado 11/04

Queridos hermanos, este retiro, que a continuación les proporciono, es una guía que nos puede ayudar para transitar esta Semana Santa. Aunque no tengamos la oportunidad de vivir los oficios de esta Semana en nuestras parroquias, podemos, desde nuestros hogares, unirnos al Sagrado Corazón de Jesús y caminar y vivir con Él su Pasión, muerte y Resurrección.

Metodología

- Es un retiro que se puede vivir tanto en familia como individualmente.
- El material que se les proporciona consta de meditaciones, Hora Santa “espiritual” (para adultos y niños) y un anexo: Santo Rosario, Coronilla, meditación sobre las siete palabras.
- Para realizar los puntos de meditación y la Hora Santa espiritual, es importante que se escoja un lugar adecuado para realizarlo, es decir, que pueda haber una imagen, colocar una vela, etc.
- El horario para comenzar las meditaciones y la Hora Santa espiritual la estipulan cada uno. Es importante escoger un momento adecuado, tanto en la mañana como en la tarde, en la cual no haya interrupción.
- El tiempo de la meditación y de la Hora Santa depende de cada uno, si es individual o en familia, lo importante que sea más de 15 minutos. Este es un link en donde puede esta expuesto el Santísimo Sacramento las 24 horas:
<https://www.youtube.com/channel/UCQYodAAq3CFgb9Yr76KBIGA>
- Si la meditación y la Hora Santa se realiza conjuntamente con los niños, se puede poner alguna canción o incorporar algunos videos.
- Realizar un propósito cada día, este propósito va a consistir en:
 - i. Pensar en una virtud del Corazón de Jesús y escribirla
 - ii. Meditar en tu corazón como estas ejerciendo esa virtud,
 - iii. Escribir en el mismo papel tu propósito de mejor esa virtud y ponerlo a los pies de la imagen (puede ser en un canastito).
- El método que se puede utilizar para las meditaciones es la Lectio Divina

(1) Leer	(2) Meditar	(3) Orar	(4) Contemplar	(5) Actuar
¿Qué dice el texto bíblico de la palabra?	¿Qué dice el texto bíblico como palabra de Dios?	¿Qué me hace decir al Señor el texto bíblico como camino de oración?	¿Qué camino me muestra el texto bíblico como camino espiritual?	¿Qué me hace vivir el Señor a partir de su Palabra?
Comprender la Palabra... para descubrir lo que Dios enseña mediante el autor inspirado	Actualizar la Palabra... para entender lo que significa en mi vida	Orar con la Palabra... para dialogar con el Señor y celebrar la Fe cristiana	Contemplar la Palabra... para ver el camino que me indica el Señor	Testimoniar la Palabra... para actuar de acuerdo a la voluntad del Señor

- **Lunes, martes y miércoles**

Por la mañana

- i. Oración inicial
- i. Punto de meditación
- ii. Realizar un propósito

Por la tarde

- Oración inicial
- Hora Santa

El Santo Rosario se puede hacer en la mañana o por la tarde

- **Jueves Santo**

Por la mañana

- i. Oración inicial
- ii. Punto de meditación
- iii. Propósito
- iv. Santo Rosario

Por la tarde

- Oración inicial
- Punto de meditación
- Ver la Santa Misa

Por la noche

- i. Hora Santa

- **Viernes Santo**

Por la mañana

- i. Oración inicial
- ii. Vía Crucis
- iii. Santo Rosario

Por la tarde

- Coronilla de la Divina Misericordia
- Mirar los oficios
- Realizar las 7 palabras
- Procesión del silencio
- Hora Santa

- **Sábado Santo**

Por la mañana

- i. Oración inicial
- ii. Punto de meditación
- iii. Propósito

Por la tarde

- Oración inicial
- Hora Santa
- Misa

El Santo Rosario se puede hacer en la mañana o en la tarde

Material

Lunes 06/04

I. Oración Inicial

Ven, Espíritu Creador,
visita las almas de tus fieles
y llena de la divina gracia los corazones,
que Tú mismo creaste.

Tú eres nuestro Consolador,
don de Dios Altísimo,
fuente viva, fuego, caridad
y espiritual unción.

Tú derramas sobre nosotros los siete dones;
Tú, el dedo de la mano de Dios;
Tú, el prometido del Padre;
Tú, que pones en nuestros labios los tesoros de tu palabra.

Enciende con tu luz nuestros sentidos;
infunde tu amor en nuestros corazones;
y, con tu perpetuo auxilio,
fortalece nuestra débil carne,

Aleja de nosotros al enemigo,
danos pronto la paz,
sé Tú mismo nuestro guía,
y puestos bajo tu dirección,
evitaremos todo lo nocivo.

Por Ti conozcamos al Padre,
y también al Hijo;
y que en Ti, Espíritu de entrambos,
creamos en todo tiempo.,

Gloria a Dios Padre,
y al Hijo que resucitó,
y al Espíritu Consolador,
por los siglos infinitos. Amén.

II. Punto de meditación: Dios definido como amor en el Nuevo Testamento

a) Texto evangélico para meditar I Jn 4,8-16

8 Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. 9 En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio

de él. 10 En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. 11 Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. 12 A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. 13 En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. 14 Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo. 15 Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. 16 Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.

- Medita el texto utilizando el método de la Lectio Divina

b) Subsidio

Se encuentre en 1 Jn 4,8.16: «Dios es amor» (ágape). Como la definición de Éx 34,6-7, es una definición dinámica, operativa, lo que es Dios respecto al hombre: es la esencia de Dios en cuanto ser vuelto hacia el hombre «porque toda su actuación con y sobre el hombre es siempre una manifestación de amor».

El amor de Dios se descubre en la actuación divina. Juan, tras la definición de Dios como amor (1 Jn 4,8), aduce un hecho que prueba el aserto: «En esto se ha manifestado el amor de Dios en nosotros, en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que vivamos por él» (1 Jn 4,9), «en que envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados» (1Jn 4,10). También Pablo presenta como prueba del amor de Dios la entrega de su Hijo a la muerte por los hombres: «No perdonó a su propio Hijo, sino que por nosotros todos los entregó» (Rom 8,32). «Dios acredita su amor a nosotros en que, siendo pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5,8).

Otra prueba de que Dios es amor es que Dios nos hecho hijos suyos: «Mirad qué amor nos tiene el Padre, que nos llamamos hijos de Dios y lo somos» (1 Jn 3,1). Pablo, a su vez, declara que Dios envió a su propio Hijo «para darnos la filiación adoptiva» (Gál 4,4s).

Más, aunque Dios ame a todos, tras la encarnación del Verbo, el amor de Dios tiene un objeto predilecto: Jesús. En el Tabor, una voz del cielo llama a Jesús «mi Hijo predilecto» (Mt 17,5; Mc 9,8), «mi Hijo elegido» (Lc 9,35, citando Is 42,1). La misma voz celeste le había llamado «mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mc 1,11), en el bautismo. Es «el Hijo querido» (Col 1,13), el predilecto (Ef 1,6). «Hijo predilecto» se le llama en la parábola de los viñadores perversos (Lc 20,13). Juan dice: «El Padre ama al Hijo y ha puesto en sus manos todas las cosas» (Jn 3.35).

El amor de Dios es un ágape, de autocomunicación. Dios Padre, que desde la eternidad comunicó su ser engendrado al Hijo, en la Encarnación se da a Jesucristo como Padre en sentido estricto, de manera que Jesús en tanto es persona en cuanto Dios en su Padre. La Encarnación es la prolongación de la generación eterna del Hijo.

- ***Propósito del día***

III. Oración final

Un Padre Nuestro, un Ave María, un Gloria

Martes 07/04

I. Oración inicial

Ven, Espíritu Dios Creador,
y visita el hogar de tus fieles,
haz un templo de gracia su pecho
con el don de tu santa presencia.

Tú, el amor que consuela a los hijos
como eterno regalo del Padre,
Caridad, Fuente viva de gracia
Llama eterna de amor verdadero.

Ilumine tu luz nuestros ojos,
y tu amor se derrame en el alma,
tu poder nos sostenga en la lucha
y renueve las fuerzas cansadas.

Ilumine tu luz nuestros ojos
y tu amor se derrame en el alma,
sé la mano que venza en sus luchas,
el sendero que guíe sus pasos.

Haz que triunfen sus hijos al mal
y que reine la paz en sus almas,
fortalece la fe del creyente
que ha nacido a la vida divina.

Demos gloria por siempre a Dios Padre
y a Jesús triunfador de la muerte
y al Espíritu, vida del alma,
alabanza y honor para siempre. Amén.

II. Punto de meditación: Cristo es todo amor

a) *Texto evangélico para meditar Jn 3,16-18*

16 Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. 17 Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. 18 El que cree en él no es juzgado; pero quien no cree ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Hijo Unigénito de Dios.

- Medita el texto utilizando el método de la Lectio Divina

b) Subsidio

Dios manifiesta en la Biblia que es amor con hechos y con palabras. Toda la Biblia es una historia de salvación: es una incursión amorosa de Dios en la historia humana para dialogar con él, para salvarle y auto-comunicarse al hombre. Cada episodio de la historia sagrada es una epifanía de amor.

La salvación del pecado y de la muerte, la comunicación de la filiación divina y la participación en la vida de Dios, en el cuerpo de Cristo y en su glorificación, es el propósito de toda esa historia de salvación que se llama Antiguo y Nuevo Testamento: Antigua Alianza de Dios con Israel para salvar a este pueblo y preparar la salvación de los demás: la Nueva Alianza para salvar a todos los hombres. Una historia de salvación es una historia de amor.

- Jesús ama al Padre

Aunque Jesús fue todo amor al Padre, sólo un texto, Jn 14,31, menciona explícitamente tal amor: «Para que el mundo conozca que amo al Padre y que obro como el padre me ha mandado, levantaos y vayámonos de aquí». Ama al Padre porque le obedece, yendo al encuentro de la pasión y muerte. Pone en práctica la doctrina de Deuteronomio y Juan: ama a Dios quien cumple su voluntad.

El amor de Jesús al Padre se llama, pues obediencia: «mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a término su obra» (Jn 4,34); «Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8,29); «No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 5,30); «He bajado del cielo no para hacer mi voluntad del que me ha enviado» (Jn 6,38). Por esta obediencia el Padre le ama (Jn 10,17-18).

- Jesús ama a los hombres

En Juan, el uso de «amar» no es tan parco: Jesús amaba a Lázaro: «Aquel a quien amas está enfermo» (Jn 11,3). Jesús «amaba» a Marta, a su hermana María y a Lázaro (Jn 11,5). A Lázaro le llama «nuestro amigo» (Jn 11,11). Amaba a Lázaro con amor intenso: «Al ver llorar a María y a los judíos que la acompañaban, Jesús se reprimió con una sacudida y preguntó: ¿Dónde lo habéis enterrado? Le contestaron: Ven a verlo, Señor. Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: Mirad cuánto lo amaba... Jesús, reprimiéndose de nuevo, llegó al sepulcro» (Jn 11,33-38).

Pablo, como Lázaro, es otro beneficiario de un amor personal de Jesús: «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20): nosotros somos beneficiarios: «Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y víctima a Dios» (Ef 5,2). Cristo «es el que nos ama» (Ap 1,5s). Es nuestro mayor amigo: «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Jn 15,13) y «Cristo murió por nosotros cuando éramos aún pecadores: así muestra Dios el amor que nos tiene» (Rom 5,7-8). Dar la vida es saber amar: «Nosotros hemos comprendido lo que es el amor por Aquel (Jesús) que dio su vida por nosotros» (1 Jn 3,16). Nos amó hasta el fin: «Habiendo

amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin», expresión de doble sentido: hasta el fin y hasta el extremo.

La razón de esta fidelidad de Jesús en amar hasta la muerte es que Jesús ama al estilo de Dios, con jésed, con fidelidad: «Nos ha amado como el Padre le ha amado a Él» (Jn 15,9).

- *Propósito del día*

III. Oración final

Padre Nuestro, Ave María, Gloria

Miércoles 08/04

I. Oración inicial

Envía Padre los dones del Espíritu Santo
Eterno Padre, en nombre de Jesucristo
y por la intercesión de la Siempre Virgen María,
envía a mi corazón al Espíritu Santo.

Ven, Espíritu Santo, y dame el don de Sabiduría.
Ven, Espíritu Santo, y dame el don de Entendimiento.
Ven, Espíritu Santo, y dame el don de Consejo.
Ven, Espíritu Santo, y dame el don de fortaleza.
Ven, Espíritu Santo, y dame el don de Ciencia.
Ven, Espíritu Santo, y dame el don de Piedad.
Ven, Espíritu Santo, y dame el don del Santo Temor de Dios.

Tres veces.....Gloria al Padre.....
Espíritu Santo, eterno Amor,....etc.

II. Punto de meditación: virtudes del Corazón de Jesús, la compasión y la humildad

a) Texto evangélico para meditar: Lc 7,11-15

11 Y sucedió que a continuación se fue a una ciudad llamada Naím, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. 12 Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad. 13 Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: «No llores». 14 Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: «Joven, a ti te digo: Levántate». 15 El muerto se incorporó y se puso a hablar, y él se lo dio a su madre.

- Medita el texto utilizando el método de la Lectio Divina

b) Subsidio

La compasión, en un corazón bueno, es el efecto producido por las desgracias de los demás. Es la desdicha ajena que oprime el corazón del hombre. La compasión es humilde, pues la vista del mal de los demás, lejos de causarle repugnancia y de darle la impresión de superioridad, la atrae invenciblemente. La compasión se abaja, y no consiste en la simple condescendencia, en la cual siempre hay un resabio de superioridad. No es sentimental; va al fondo y no se detiene en la superficie. Reside toda en la voluntad y en el corazón; no en la región fría de la inteligencia, que se contenta con ver el mal y analizarlo, pero deja el corazón seco y la mano inerte. No. La compasión es toda el alma, sublevada ante el sufrimiento de los demás, que se esfuerza en comprender, en aliviar y en curar.

c) Texto evangélico para meditar: Flp 2,6-7

El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz.

- Medita el texto utilizando el método de la Lectio Divina

d) Subsidio

El lavatorio de pies: Él, que es el Señor, se rebaja, se despoja del manto de su gloria y se convierte en esclavo, en el que está a la puerta y realiza en favor nuestro la tarea servicial de lavarnos los pies. Éste es el sentido de toda su vida y de su pasión: inclinarse ante nuestros pies sucios, ante la suciedad de la humanidad, limpiarla, purificándola con su amor inconmensurable. La tarea servicial de lavar los pies tenía el sentido de hacer a los hombres capaces de sentarse a la mesa, de modo que pudieran estar juntos alrededor de ella. Jesucristo nos hace iguales ante Dios y nos hace capaces de compartir la mesa y la comunidad fraterna. Él se viste con el traje de nuestra pobreza, por así decirlo, y en la medida que nos asocia a él nos hace capaces de Dios, nos alcanza el acceso a Dios.

- ***Propósito del día***

III. Oración Final

Padre Nuestro, Ave María, Gloria

Jueves Santo 09/04

I. Oración Inicial

Espíritu Santo,
perfecciona la obra que Jesús
comenzó en mí.

Apura para mí el tiempo

de una vida llena de tu Espíritu.
Mortifica en mí
la presunción natural.

Quiero ser sencillo,
lleno de amor de Dios
y constantemente generoso.

Que ninguna fuerza humana
me impida hacer honor
a mi vocación cristiana.

Que ningún interés, por descuido mío,
vaya contra la justicia.

Que ningún egoísmo reduzca en mí
los espacios infinitos del amor.

Todo sea grande en mí.

También el culto a la verdad
y la prontitud
en mi deber hasta la muerte.

Que la efusión de tu Espíritu de amor
venga sobre mí, sobre la Iglesia
y sobre el mundo entero. (S, Juan XXIII)

II. Punto de meditación: El camino de la cruz. La oración de Jesús

a) Texto evangélico para meditar: Mt 26, 36-45

36 Entonces va Jesús con ellos a una propiedad llamada Getsemaní, y dice a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar». 37 Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. 38 Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo». 39 Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: «Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú». 40 Viene entonces donde los discípulos y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? 41 Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil». 42 Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad». 43 Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados. 44 Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. 45 Viene entonces donde los discípulos y les dice: «Ahora ya podéis dormir

y descansar. Mirad, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores.

- Medita el texto utilizando el método de la Lectio Divina

b) Subsidio

«Entonces va Jesús con ellos a una propiedad llamada Getsemaní, y dice a los discípulos: Sentaos aquí, mientras voy allá a orar» (Mt 26,36). Algo repetitivo de Jesús en los evangelios es la soledad en su oración, en los momentos más importantes de su vida y de su misión, se aísla para rezar a su Padre, y en esta situación no es la excepción, los discípulos no van con Jesús a orar, «después de esta exhortación a la vigilancia Jesús se aleja un poco. Comienza propiamente la verdadera oración del Monte de los Olivos»¹. Y en este momento Jesús nos descubre su corazón, dice en el Mt 26,37 «comenzó a sentir tristeza y angustia», imaginemos un instante cómo estaba el Hijo de Dios que en su corazón había dolor, había pena, y con ese corazón va a hacer oración, «cayó rostro en tierra» (Mt 26,39), siguiendo a Ratzinger, nos dice que es la actitud de un hombre que está en total sumisión, entregado a hacer la voluntad del Padre, en Lucas, sigue Ratzinger, dice que Jesús oró de rodillas (cf. Lc 22,41), con lo cual, el evangelista nos hace ver una postura de oración que se dirige al Padre, y que luego va a continuar en todo Occidente.

Sigue el punto medular de la agonía de Jesús, tomemos en cuenta el contexto descrito en los versículos anteriores. Jesús en una soledad total, con el corazón destrozado, en una postura (postrado o de rodillas) completamente abierta a hacer la voluntad del Padre, dice en Mt 26,39 la oración que comienza con el verbo «suplicar» que luego veremos nuevamente en Hebreos 5,7 «suplicaba así: Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú». Esta es una oración desde las entrañas de Jesús, ya que no la hace en silencio sino que la dice vocalmente. También, como veíamos en Jn 17, llama a su Padre «Padre mío», con lo cual demuestra un sufrimiento en su interior, una súplica a su Padre para que se compadezca. Resulta interesante analizar más detalladamente esta oración que nos permitirá conocer cómo Jesús oraba y cómo se debe hacer, «en ningún otro lugar de las Escrituras podemos asomarnos tan profundamente al misterio interior de Jesús como en la oración del Monte de los Olivos»². Ya mencionamos el «Padre mío», vayamos al segundo término «si es posible», Jesús demuestra en este aspecto su condición natural, sabe todo lo que tiene que pasar, el dolor, el sufrimiento, va hasta el fondo de la miseria humana, hasta suda gotas de sangre (cf. Lc 22,44), su humanidad estaba quebrantada, por eso el miedo de tomar la copa que le iba a dar el Padre, pero ante este sufrimiento busca hacer la voluntad del Padre, no exige, sino que acata lo que le diga el Padre, por eso el tercer término «pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (Mt 26,39).

¹ J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret, Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 182

² J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 186

- *Propósito del día*

III. Oración final

Padre Nuestro, Ave María, Gloria

Viernes Santo 10/04

I. Oración inicial

Oh Espíritu Santo,
Amor del Padre, y del Hijo,

Inspírame siempre
lo que debo pensar,
lo que debo decir,
cómo debo decirlo,
lo que debo callar,
cómo debo actuar,
lo que debo hacer,
para gloria de Dios,
bien de las almas
y mi propia Santificación.

Espíritu Santo,
Dame agudeza para entender,
capacidad para retener,
método y facultad para aprender,
sutileza para interpretar,
gracia y eficacia para hablar.

Dame acierto al empezar
dirección al progresar
y perfección al acabar.
Amén.

II. Punto de meditación: la profundidad del sufrimiento de Jesucristo

a) Texto evangélico para meditar: Lc 22, 39-46

39 Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos, y los discípulos le siguieron. 40 Llegado al lugar les dijo: «Pedid que no caigáis en tentación». 41 Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba 42 diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». 43 Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. 44 Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra. 45 Levantándose de la oración, vino

donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza; 46 y les dijo: «¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación».

- Medita el texto utilizando el método de la Lectio Divina

b) Subsidio

El sufrimiento más fuerte, el dolor más profundo se produjo en su interioridad, «mi alma está triste hasta el punto de morir» (Mt 26,38), no dijo «tengo miedo», sino «mi alma está triste», él que es el Hijo de Dios, en su alma siente tristeza, esto nos demuestra el inmenso dolor al cual estaba sumergido, cuantas cosas habrá visto en ese instante, en el huerto de los Olivos, para que el corazón de Jesús estuviera tan perturbado, hasta nos narra San Lucas que un ángel vino a consolarlo (cf. Lc 22,43) «el estremecimiento particular de quien es la Vida misma ante el abismo de todo el poder de destrucción, del mal, de lo que se opone a Dios, y que ahora se abate directamente sobre Él»³, él que es la luz, que es el amor, la bondad, la misericordia, experimentó el poder del mal, este mal invadió todo su ser, luego nos dice el mismo evangelista «y sumido en agonía» (Lc 22,44), Jesús se estaba muriendo del dolor, lentamente, el sufrimiento lo iba consumiendo «no podemos hacernos idea del sufrimiento que debió producir en Jesús la vista precisa y penetrante de los crímenes de los hombres»⁴ «porque es el Hijo, ve con extrema claridad toda la marea sucia del mal, todo el poder de la mentira y la soberbia, toda la astucia y la atrocidad del mal»⁵, y todo esto, nos dice Ratzinger, debía de beberlo en el cáliz que le daba su Padre, por eso, como nos narra el evangelista Mateo, Jesús le pide tres veces al Padre de no beber la copa, pero que no se haga su voluntad sino la de su Padre, esto nos demuestra el horror que debía pasar, que para el entendimiento humano es incomprensible ya que nunca podremos experimentar tal sufrimiento porque moriríamos de dolor al instante. Y «la angustia de Jesús es algo mucho más radical que la angustia que asalta a cada hombre ante la muerte: es el choque frontal entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte»⁶, ahora, no solamente lo experimentó, sino que lo vivió «la agonía en el huerto abre una ventana hacia la agonía más grande de la cruz. Si cargar con el pecado de la humanidad y la ira de Dios resultaba tan terrible anticipadamente, ¿cómo habrá sido en el momento mismo de hacerlo»⁷.

- ***Propósito del día***

III. Oración final

Padre Nuestro, Ave María, Gloria

³ J. RATZINGER. *Jesús de Nazaret*, 184

⁴ R. GARRIGOU - LAGRANGE. *El Salvador y su amor por nosotros*, 396

⁵ J. RATZINGER. *Jesús de Nazaret*, 184

⁶ J. RATZINGER. *Jesús de Nazaret*, 184

⁷ J. Stott. *La Cruz de Cristo*, 89

Sábado 11/04

I. Oración inicial

Espíritu Santo, eres el alma de mi alma,
te adoro humildemente.

Ilumíname, fortifícame, guíame, consuélame.

Y en cuanto corresponde al plan eterno Padre Dios revélame tus deseos.

Dame a conocer lo que el Amor eterno desea en mí.

Dame a conocer lo que debo realizar.

Dame a conocer lo que debo sufrir.

Dame a conocer lo que con silenciosa modestia y en oración, debo aceptar,
cargar y soportar.

Sí, Espíritu Santo, dame a conocer tu voluntad y la voluntad del Padre.

Pues toda mi vida no quiero ser otra cosa que un continuado perpetuo Sí a los
deseos y al querer del eterno Padre Dios.

II. Punto de meditación: la cruz de Nuestro Señor Jesucristo

a) *Texto evangélico para meditar: Jn 19, 32-37*

«Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas de los dos que habían sido crucificados con Jesús. Pero al llegar a Jesús vieron que ya estaba muerto, y no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio. Su testimonio es verdadero, y Aquél sabe que dice la verdad. Y da este testimonio para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: No le quebrarán ni un solo hueso. Y en otro texto dice: Contemplarán al que traspasaron»

- Medita el texto utilizando el método de la Lectio Divina

b) *Subsidio*

«La crucifixión es un suplicio atroz, porque ningún órgano esencial de la vida es atentado por ella, y se muere de puro sufrimiento. Imaginad la distensión de los miembros, la inserción violenta de los duros clavos, el estallido de los huesos. Que los clavos hendieron los nervios que, durante tres horas, rozaron sus aristas. No tenía otro apoyo que sus mismas heridas vivas para intentar luchar contra los calambres. Estaba abrasado por la sed. Su cabeza, congestionada, estallaba presa de pesada confusión. Su corazón estaba oprimido por esa agua acumulada»⁸.

⁸ P. REGAMEY. *La cruz del cristiano*, 50-51

El suplicio de la cruz es el momento culmen del sufrimiento de Jesús; si reflexionáramos el dolor profundo de Jesús en el Huerto de Olivos, donde está en agonía, en la cruz se hace práctico, se concreta verdaderamente esta agonía.

Pensemos por un momento, detengámonos por un instante en Jesús suspendido en la cruz «como Jesús quiso sufrir en su cuerpo, importa que nos representemos de la manera más realista lo que fueron estos sufrimientos»⁹, y pensemos, primeramente, en su dolor corporal, ya que es lo que primero podemos ver, como nos lo describe Regamey, Jesús era un solo dolor. Veamos cómo llega a ese momento: él venía de ser golpeado por los guardias desde que fue apresado, luego recibió los latigazos con una crueldad inimaginable, la coronación de espinas, llevar su propia cruz hasta el Gólgota, el cansancio acumulado, los guardias le retiran la vestimenta que tenía y que estaba adherida al cuerpo por la sangre de sus llagas, esto provoca que nuevamente se abran sus llagas; todo este sufrimiento esto lo deposita en la cruz, en ella sus brazos son estirados y sus preciosísimas manos son clavadas, luego, también son clavos sus pies ¡que cuadro tan penoso, lleno de tristeza, ver a Nuestro Señor suspendido en la cruz y sumergido en tanto dolor! Escuchemos lo que nos dice Garrigou:

«Fue víctima en su cuerpo: le han sido quitados sus vestidos, se han burlado de Él, abofeteado, flagelado, le han puesto en carne viva, le han coronado de espinas, se le ha escupido en la cara. Se le ha tratado como un criminal, han preferido a un asesino, se le ha clavado en una cruz entre dos ladrones; le han dado a beber hiel, se han reído de Él mientras agonizaba»¹⁰.

Pero, no solamente fue un sufrimiento corporal, sino que también nos demuestra, a través de sus palabras en la cruz, el sufrimiento interior. Este sufrimiento se puede reflejar en el acontecimiento cósmico: «era ya cerca de la hora sexta cuando se oscureció el sol y toda la tierra quedó en tinieblas hasta la hora nona» (Lc 24,44), o también «desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona» (Mt 27,45), «al parecer la oscuridad del cielo era un símbolo de la oscuridad espiritual que envolvía a Jesús en la cruz»¹¹.

Unas de las palabras en la cruz que reflejan el dolor interno de Jesús es: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46; Mc 15,34), San Juan Pablo II en *Salvifici Doloris* nos dice que estas palabras nos demuestran la profundidad del sufrimiento de Jesús, porque es la misma separación del Hijo con el Padre, ya que el Padre cargó sobre su Hijo la iniquidad de todos nosotros, es decir, Jesús que está íntimamente unido a su Padre, experimenta en su humanidad, la separación con su Padre, el rechazo y la ruptura con Dios. También es digna de consideración la visión de J. Ratzinger en *Jesús de Nazaret* en donde Jesús hace suyo todo el sufrimiento de la humanidad ante el ocultamiento de Dios, lleva en

⁹ P. REGAMEY. *La cruz del cristiano*, 48

¹⁰ R. GARRIGOU - LAGRANGE. *El Salvador y su amor por nosotros*, 409

¹¹ J. STOTT. *La Cruz de Cristo*, 91

su corazón y lo expresa en su grito de angustia ante la separación del Padre con sus hijos producto del pecado.

- *Propósito del día*

III. Oración final

Padre Nuestro, Ave María, Gloria

HORA SANTA

Fuente: San Alfonso María de Liguorio

Lunes 06/04

I. Oración inicial

¡Dulce Corazón de mi Jesús! Por la humillación a que quisisteis someteros, lavando los pies a vuestros discípulos, os suplico me concedáis la verdadera humildad, que me haga humillarme delante de todo el mundo, y particularmente delante de los que me desprecian.

II. Punto de meditación: El Corazón afligido de Jesús, víctima voluntaria

La aflicción sufrida por el Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemaní hará poca impresión sobre nosotros si no la consideramos con una fe vivísima. Es pues necesario reanimar nuestra fe al principio de cada meditación, preguntándonos: ¿quién es el que sufre? ¿qué obligación tenía de sufrir? ¿Quién es el que sufre? El Apóstol, hablando de la divina bienaventuranza, llama a Dios el único feliz y poderoso. 1) Y con razón, porque toda la felicidad de que podemos gozar nosotros, sus criaturas, es sólo una mínima participación de la felicidad infinita de Dios; la felicidad de los elegidos consiste en sumergirse en el inmenso océano de la beatitud divina. 2) Tal es el paraíso que Dios da al alma fiel, cuando entra ella en posesión del reino eterno.

Dios, creando al hombre y estableciéndolo sobre la tierra, no quiso al principio que tuviera que sufrir y le puso en un lugar de delicias,³) desde donde debía pasar al cielo, para gozar ahí eternamente de la gloria de los bienaventurados. Mas, pecando, el hombre se hizo indigno del paraíso terrenal y se cerró las puertas del paraíso, condenándose el mismo voluntariamente a la muerte y a los sufrimientos eternos.

¿Qué obligación tenía el Hijo de Dios de sufrir por nosotros y de expiar nuestras faltas? Ninguna. Si sufrió, es porque así lo quiso, como nos lo dice el Profeta; si ha expiado nuestras faltas, es porque ha querido cargar con ellas para librarnos de la condenación eterna; es su voluntad, es su pura bondad, es su corazón amantísimo quien lo ha obligado a cargar con nuestras deudas y a sacrificarse enteramente por nosotros hasta expirar en los tormentos. El mismo lo ha declarado: Doy mi vida... nadie me la arranca, sino que Yo la doy de mi propia voluntad. 1) Hacía más de treinta y tres años que Jesús estaba sobre la tierra, cuando una tarde se fue al Huerto de los Olivos, y ahí se vió a la alegría del paraíso, al gozo de los Ángeles, a la beatitud misma, caer en la más amarga de las aflicciones: Empezó A entristecerse y angustiarse.

Meditemos con fe, por una parte, la beatitud eterna é infinita del Hijo de Dios, y, por otra, el amor inmenso que lo obligó a sufrir voluntariamente la sangrienta agonía del Huerto de los Olivos, y nos veremos forzados a exclamar, pasmados de admiración: ¡Oh anonadamiento de un Dios! ¡oh amor de un Dios!

Notemos aquí que Jesucristo, no contento con decir: Desearía rescatar al mundo, lo ha rescatado realmente, y al precio de los más grandes sacrificios Tal debe ser nuestra conducta respecto de nuestra salvación y de nuestra perfección. No basta decir: Querría salvarme, querría santificarme Esos son los deseos ineficaces que de nada sirven; porque, á cuántos se oye decir: Querría, querría... pero que al mismo tiempo no llenan las obligaciones de su estado presente, no practican la oración, descuidan la comunión, aman el mundo y sus vanidades, sufren con poca paciencia, cometen diariamente faltas con ánimo deliberado, mortifican poco sus pasiones y no tratan de corregirse. No digamos pues: Querría, si no más bien: Quiero, haré lo que Dios quiera y exija de mí; lo haré hoy, lo haré mañana y lo haré siempre. Obrar así es volar al cielo y a la perfección.

Práctica

Me examinaré seriamente para ver si hago todo lo que Dios exige de mí para mi provecho espiritual ¿No he descuidado hasta aquí los deberes de mi estado? ¿He sido fiel a los ejercicios de piedad, tales como la misa, el examen, la lectura espiritual, la meditación, la comunión, la visita al Santísimo Sacramento, el rosario, el vía crucis, etc.? ¿Cuál será mi regla de vida para lo futuro?

Afectos y súplicas

¡Ah mi amadísimo Redentor, cuanto os ha costado sacarme del abismo en que mis pecados me habían sumergido! As í ¡oh mi divino Maestro! para librarme de la esclavitud del demonio, al cual yo mismo me vendí pecando voluntariamente, Vos habéis consentido en ser afligido como el más grande de los pecadores, y yo, sabiendo esto, he podido contristar tantas veces vuestro amabilísimo Corazón, que tanto me ha amado!... ¡Ah! puesto que Vos , que sois la inocencia misma, que sois mi Dios, habéis aceptado con amor una vida y una muerte tan penosas, yo acepto por vuestro amor, oh Jesús mío, todas las penas que me vengan de vuestra mano; las acepto y las abrazo, porque ellas me vienen de esas manos que han sido traspasadas por librarme del infierno eterno que tantas veces he merecido: el amor que me habéis manifestado, Redentor mío, ofreciéndos a sufrir por mí, me obliga a aceptar por Vos todos los sufrimientos y todos los desprecios. Señor por vuestros méritos, dadme vuestro amor; vuestro amor me hará dulces y amables todos los dolores y todas las ignominias. Os amo sobre todas las cosas, os amo con todo mi corazón y os amo más que a mí mismo. Haced que emplee el resto de mis días en daros muestras de mi amor porque no me atrevería a comparecer a vuestro tribunal tan pobre como soy, no habiendo hecho nada por vuestro amor. Pero, ¿qué puedo hacer sin vuestra gracia? Sólo me atrevo a pedir os que me ayudéis, y esta súplica misma es un efecto de vuestra gracia. Jesús mío, socorredme por los méritos de vuestros sufrimientos y de la sangre que habéis derramado por mí. ¡Oh María! encomendadme a vuestro divino Hijo, considerando que soy una de sus ovejas, por las cuales Él ha dado su vida

ORACIÓN JACULATORIA: ¡Oh Corazón de Jesús! el que no os ama manifiesta que no os conoce.

III. Oración final

Señor Jesucristo, que por un inefable milagro de amor, para ganarte los corazones de los hombres, te has dignado darles tu Sagrado Corazón como alimento, escucha las oraciones de los que te suplicamos y perdona los pecados de los que proclaman tu nombre. Vuelve tus ojos misericordiosos a aquellos a los que diriges el amor de tu Corazón, para que aborrezcamos y nos aflijamos por los insultos, el desprecio, la burla y los sacrificios cometidos por hombres desagradecidos de todo el mundo. Que nos inundemos de amor a tu Sacratísimo Corazón, para adorarte en este sagrado misterio, y que acompañemos con alabanzas esos sentimientos de amor por toda la eternidad. Tú, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Martes 07/04

I. Oración inicial

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la tristeza mortal que experimentasteis en el Huerto de los Olivos, os suplico me preservéis de la tristeza del infierno, en donde debería estar para siempre, lejos de Vos y sin poder amaros.

II. Punto de meditación: El Corazón afligido de Jesús, víctima universal

Del mismo modo que todas las U aguas van a arrojarse al mar, así todas las aflicciones se reunieron en el Corazón de Jesús. El las aceptó con la más sublime abnegación impulsado por su amor hacia nosotros, amor que ha llegado hasta el exceso, y aun puede decirse hasta la locura; porque ¿no es una locura de amor el que un Dios haya querido cargarse con todas las iniquidades del mundo, para sufrir las penas consiguientes?

Jesucristo sabía que todos los sacrificios de víctimas materiales ofrecidos a Dios en otro tiempo, no podían satisfacer por los pecados de os hombres, porque era necesaria una persona divina para pagar el precio de su redención: y entonces ¿qué hizo? Se ofreció Él mismo a su Padre, para apaciguar su cólera y satisfacer por nosotros. Con este fin, dos caminos se presentaban ante Él: era el uno de placer y de gloria, el otro, de sufrimientos y de oprobios: ¿cuál escogió? Como no solamente quería rescatarnos de la muerte, sino también captarse el afecto de nuestros corazones, renunció al placer y a la gloria y escogió los sufrimientos y los oprobios. Así es como este amable Salvador, sin obligación alguna, tomó sobre Sí todas nuestras deudas, como lo expresa claramente el profeta Isaías: En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades.

He ahí pues al Corazón de Jesús, la inocencia, la pureza y la santidad misma, hélo ahí cargado de todas las blasfemias, de todas las torpezas, de todos los sacrilegios, de todos los robos, de todas las impurezas y de todos los crímenes de los hombres; hélo ahí cómo por nuestro amor ha llegado a ser el objeto de las maldiciones divinas, a causa de nuestros pecados, por los cuales se obligó a satisfacer a la justicia eterna; helo ahí cargado de tantas maldiciones cuantos han sido los pecados mortales que se han cometido y habrán de cometerse sobre la tierra. En este estado se presentó a su Padre como culpable y responsable de todos nuestros crímenes, y Dios, su Padre, lo condenó como tal a sufrir la muerte infame de la cruz. Fue

entonces cuando nuestro Salvador se prosternó con el rostro en tierra, como si tuviera vergüenza de levantar sus ojos al cielo, viéndose cargado de tantas iniquidades. Fue entonces cuando experimentó el inmenso desconsuelo que le hizo decir: Mi alma esta triste hasta la muerte.

¡Oh Padre eterno! ¿cómo podéis ver a vuestro Hijo amado en una aflicción tan grande? Se bien, dice el Padre Eterno, que mi Hijo es inocente; pero, puesto que se ha encargado de satisfacer a mi justicia por todos los pecados de los hombres, conviene que Yo le abandone a todas las aflicciones que esos pecados merecen. Yo lo he herido a causa de la iniquidad de mi pueblo.

¡Oh caridad incomparable del Corazón de Jesús! Él, nuestro Dios, se ha hecho nuestro fiador, obligándose a pagar nuestras deudas, según la hermosa expresión del apóstol; y después de haber satisfecho por nosotros, nos promete, de parte de Dios, la vida eterna. De ahí es que el Eclesiástico nos ha advertido de antemano que no olvidemos jamás el beneficio que debemos a este celestial fiador, que ha querido sufrir tanto para obtenernos la salvación.

¡Oh caridad infinita del Corazón de Jesús! Los médicos cuando aman a un enfermo hacen cuanto pueden por sanarlo. Pero, ¿cuál es el médico que por curar un enfermo toma sobre sí mismo su enfermedad? Jesucristo es el único médico que ha cargado con nuestras enfermedades para curarnos. No quiso enviar a otro para llenar este misericordioso oficio; y se dignó venir Él mismo, a fin de conquistar todo nuestro amor.

¡Oh caridad verdaderamente divina del Corazón de Jesús! No se contentó con ofrecer a la justicia divina una simple satisfacción, sino que la quiso superabundante; y digo superabundante, puesto que para rescatarnos era suficiente una sola súplica del Hombre-Dios; pero esto no bastaba para el más amante de los corazones.

¡Oh caridad verdaderamente inefable e inaudita del Corazón de Jesús, que nos obliga a poner en Él una confianza sin límite! Porque nada puede turbarnos mientras Jesucristo pueda confortarnos. Aunque el recuerdo de los pecados que he cometido me rodee, aunque me asalten los temores del porvenir, aunque los demonios me tiendan lazos, si pido misericordia a Jesucristo que me ha amado hasta la muerte, no puedo perder la confianza de que Él acudirá en mi socorro ¿Cómo, en efecto, podría abandonarme este Dios que me ha amado hasta entregarse a la muerte por mí? ¡Oh Corazón de Jesús! ¡Vos sois el puerto seguro de los que en la tempestad acuden a Vos! ¡Oh pastor vigilante se equivocan los que no esperan en Vos cuando tienen voluntad de corregirse! Vos habéis dicho: «Soy Yo, no temáis; soy Yo quien aflijo y quien consuelo». Envío algunas veces a mis servidores desolaciones que parecen un infierno; pero, en seguida las disipo y los consuelo. Soy vuestro abogado, y vuestra causa ha llegado a ser la mía. Soy vuestro fiador, y he venido a pagar vuestras deudas. Soy vuestro Salvador, y os he rescatado con mi sangre, no para abandonaros, sino para enriqueceros, a vosotros que me habéis costado tan caro. ¿Cómo me alejaré del que me busca, Y o que he ido al encuentro de los que querían ultrajarme? No retiré mi rostro del que me hirió, y ¿lo retiraré del que quiera adorarme? ¿Cómo pueden dudar mis hijos de que los amo, viéndome por su amor entre las manos de mis enemigos? ¿Me han visto alguna vez despreciar al que

me ama, ó abandonar al que reclama mi socorro? Llego aún al extremo de buscar á los que no me buscan.

Práctica.

Mi confianza en el Corazón de Jesús será sin límites, puesto que es sin límites el amor que Él me tiene. Vengan persecuciones, enfermedades, sequedades, escrúpulos, tentaciones, temores por la salvación, siempre diré con el Salmista: Señor, pongo mi alma en vuestras manos; confío plenamente en Vos, porque me habéis rescatado.

Afectos y súplicas.

¡Oh Jesús mío! si Dios os ha cargado con todos los pecados de los hombres, yo, con los míos, he hecho pesar más la cruz que llevasteis al Calvario. ¡Ah mi dulce Salvador! ya entonces veíais las injurias que os iba a hacer; a pesar de eso, no habéis dejado de amarme y de prepararme las grandes misericordias, de que en seguida me colmasteis. De consiguiente, si también os he sido tan querido, yo, el más vil y el más ingrato de los pecadores, yo que tanto os he ofendido, es muy justo que Vos os seáis querido, Vos, mi Dios, belleza y bondad infinitas, que tanto me habéis amado. ¡Ah! si pudiera no haberos jamás afligido! Ahora, mi Jesús, conozco el mal que os he hecho. ¡Oh pecados malditos! vos habéis llenado de amargura el Corazón tan tierno y tan amante de mi Redentor! Por favor, perdonadme ¡Jesús mío! me arrepiento de haberos ofendido y en lo venidero seréis el único objeto de mi amor. ¡Oh amabilidad infinita! os amo con todo mi corazón, y estoy resuelto a no amar otra cosa que á Vos. ¡Señor! os digo con San Ignacio: Dadme vuestra gracia y vuestro amor, y no os pido más.

ORACIÓN JACULATORIA: Cordero sin mancha, no queden perdidos tantos sufrimientos padecidos por mí.

III. Oración final

Señor Jesucristo, que por un inefable milagro de amor, para ganarte los corazones de los hombres, te has dignado darles tu Sagrado Corazón como alimento, escucha las oraciones de los que te suplicamos y perdona los pecados de los que proclaman tu nombre. Vuelve tus ojos misericordiosos a aquellos a los que diriges el amor de tu Corazón, para que aborrezcamos y nos aflijamos por los insultos, el desprecio, la burla y los sacrificios cometidos por hombres desagradecidos de todo el mundo. Que nos inundemos de amor a tu Sacratísimo Corazón, para adorarte en este sagrado misterio, y que acompañemos con alabanzas esos sentimientos de amor por toda la eternidad. Tú, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Miércoles 08/04

I. Oración inicial

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el santo horror que tuvisteis a mis pecados, ya presentes a vuestros ojos, dadme un verdadero dolor por todas las ofensas que os he hecho.

II. Punto de meditación: El Corazón afligido de Jesús, víctima perpetua

Aunque el piadoso ejercicio de la Hora Santa tenga por fin especial honrar los dolores del Corazón de Jesús en Gethsemaní, es bueno, sin embargo, que el alma fiel recuerde que la agonía del Salvador no comenzó ahí, que su vida se deslizó en una desolación no interrumpida y que fue un océano de amargura sin límites. Esto fue lo que Nuestro Señor reveló un día a Santa Margarita de Cortona, diciéndole que durante toda su vida no había experimentado el menor consuelo sensible.

La tristeza que manifestó en el Huerto, lo había sobrecogido ya desde el primer momento de su encarnación. Mi dolor, decía por boca del Salmista, está continuamente ante mis ojos, y desde entonces empezó a ofrecerlo en satisfacción de nuestros pecados. Reveló a uno de sus siervos que desde el principio de su vida hasta su muerte, había sufrido sin cesar y tan cruelmente, que, si hubiera tenido tantas vidas como hombres hay, habría otras tantas veces muerto de dolor, si Dios no le hubiera conservado la vida para sufrir más tiempo. ¡Ah! ¡qué martirio para el Corazón de Jesús tener continuamente ante los ojos todos los pecados de los hombres! Vio sin cesar, dice San Bernardino, cada falta de cada uno de nosotros, y cada una de esas faltas lo afligía inmensamente.

Se tiene cuidado de esconder a los enfermos el hierro y el fuego que deben emplearse para su curación; pero respecto de Sí mismo, no quiso Jesús que los instrumentos de dolor que debían darle la muerte para devolvernos la vida, le fuesen ocultados; tuvo sin cesar ante los ojos, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz que iban a sacar de sus venas hasta a última gota de sangre y hacerlo expirar de puro dolor.

Encontrándose la hermana Magdalena Orsini desde largo tiempo en una gran tribulación, se le apareció Jesús crucificado, a fin de fortificarla mediante el recuerdo de su pasión, y la exhortó a sufrir con paciencia. La sierva de Dios le respondió: Pero, Señor, Vos sólo estuvisteis tres horas sobre la cruz, mientras que yo sufro esta pena desde muchos años. El Señor le dijo entonces, reprendiéndola: ¡Ah ignorante! ¿qué dices! desde el primer instante que estuve en el seno de mi madre, sufrí en mi corazón todo lo que más tarde debía sufrir sobre la cruz. Por esto puede deducirse que en cierto modo Nuestro Señor ha estado sobre la cruz durante toda su vida. Aun cuando dormía, dice Belarmino, la cruz no cesaba de atormentar su amante Corazón.

Así toda la vida y todos los días de nuestro divino Redentor fueron vida y días de dolor y de lágrimas, su Corazón adorable no pasó un instante sin sufrir; velando y durmiendo, trabajando y descansando, orando y conservando, Jesús tuvo siempre ante los ojos esa cruel representación que atormentaba mucho más su santa alma que los más bárbaros suplicios con que atormentaron a los mártires. Los mártires sufrían, pero ayudados de la gracia, y soportaban sus tormentos con la alegría y el consuelo que infunde el fervor; Jesucristo, al contrario, sufría, pero siempre con un corazón lleno de tedio y de tristeza.

San Juan Crisóstomo deduce de ahí que sólo el pecado debe entristecernos, y que así como Jesucristo fue afligido durante toda su vida por nuestros pecados, con mayor razón nosotros

que los hemos cometido, debemos llorarlos sin cesar, recordando que hemos ofendido a un Dios que tanto nos ha amado.

Imitemos a Santa Margarita de Cortona, aquella ilustre penitente, que no cesaba de llorar sus faltas. Su confesor le dijo un día: Margarita, calmaos, no lloréis más: Dios os ha perdonado ¡Ah! Padre mío, respondió ella, ¿cómo puedo cesar de llorar mis pecados, sabiendo que ellos han afligido al Corazón de mi Salvador durante su vida entera?

No nos contentemos sólo con arrepentimos de nuestras faltas. Y a que el Corazón inocente de Jesús ha querido sufrir durante toda su vida la pena debida por nuestros pecados, sepamos igualmente recibir con paciencia todas las penas que nos sobrevengan, sin quejarnos de su duración. Así, cuando el Señor nos visite por medio de alguna enfermedad, de algún contratiempo, persecución o desolación, humillémonos y digamos: Señor, yo merezco esta pena, porque os he ofendido. Humillémonos, digo, y consolémonos; porque, si Dios nos castiga en esta vida, es prueba de que quiere preservarnos del suplicio eterno. Así decía Job: «Pueda yo tener el consuelo de que el Señor me aflija y no me perdone nada aquí en la tierra, para que me perdone en la otra vida.» Pues bien: el que ha merecido el infierno ¿cómo puede quejarse de las cruces que Dios le envía en esta vida? Si las penas del infierno fueran pequeñas, aún. deberíamos preferir el sufrir todos los males temporales, que al fin terminan, antes que soportar esas penas, que, aunque las imaginemos ligeras, siempre serán eternas; qué no haremos pues, sabiendo que el infierno es la morada de todos los dolores, ¿y que todos los dolores son grandes y eternos?

Supongamos que hayamos conservado la inocencia bautismal y que no hayamos jamás merecido el infierno, ¿no es verdad que al menos habremos merecido un largo purgatorio ^Ahor a bien, recordemos lo que sufren las almas en ese lugar de expiación. El fuego que las quema, dice San Agustín, es un tormento que sobrepuja todo lo que el hombre puede sufrir en esta vida. He ahí por lo que hace a la pena de los sentidos; pero la pena de daño, o la privación de la vista de Dios, es, dice San Juan Crisóstomo, un suplicio incomparablemente mayor que la pena de los sentidos. Considerémonos pues felices con ser castigados en esta vida más bien que en la otra; cuanto más que si en esta vida sufrimos las penas" con paciencia, sufriremos con mérito, mientras que en la otra sufriremos por más tiempo y sin mérito.

Práctica

Considerando a Jesús afligido en el Huerto, pensaré en las almas afligidas del purgatorio.; rogaré por ellas y tomaré la resolución de evitar las faltas que causan su larga agonía, como ellas han sido la causa de la de Jesús.

Afectos y súplicas

Amadísimo Jesús mío, son mis pecados los que os han causado esta grande aflicción; si hubiera pecado menos, menos habríais sufrido; mientras más he gozado ofendiéndoos, más he aumentado vuestra pena, ¡i Ay! ¡cómo no muero de arrepentimiento, pensando que he correspondido a vuestro amor aumentando vuestros sufrimientos y vuestra tristeza! He afligido pues vuestro Corazón que tanto me ha amado. No he dejado de ser agradecido para

con las criaturas, y sólo para con Vos he sido ingrato. ¡Oh Jesús mío! perdonadme, que estoy arrepentido de todo mi corazón.

ORACIÓN JACULATORIA: ¡Oh Corazón lleno de amor! ¿qué he hecho o qué he sufrido por Vos hasta aquí?

III. Oración final

Señor Jesucristo, que por un inefable milagro de amor, para ganarte los corazones de los hombres, te has dignado darles tu Sagrado Corazón como alimento, escucha las oraciones de los que te suplicamos y perdona los pecados de los que proclaman tu nombre. Vuelve tus ojos misericordiosos a aquellos a los que diriges el amor de tu Corazón, para que aborrezcamos y nos aflijamos por los insultos, el desprecio, la burla y los sacrificios cometidos por hombres desagradecidos de todo el mundo. Que nos inundemos de amor a tu Sacratísimo Corazón, para adorarte en este sagrado misterio, y que acompañemos con alabanzas esos sentimientos de amor por toda la eternidad. Tú, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Jueves Santo 09/04

I. Oración inicial

¡Corazón de Jesús, infinitamente misericordioso! por el horror que habéis tenido de mis pecados en el Huerto de los Olivos, dadme un verdadero dolor por todas las ofensas que os he hecho. ¡Pecados malditos, os detesto; vosotros me habéis hecho perder la gracia de Dios!...

Reconozco lo mal que he hecho separándome de Vos, mi bien supremo; debería haber sufrido todas las penas, todas las miserias, todos los suplicios, antes que ofenderos una sola vez. ¿Qué mayor mal puedo cometer que el de consentir en perder vuestra gracia? ¡Ah mi Jesús! nada me aflige tanto como haberos despreciado, á Vos, cuya bondad es infinita.

Os agradezco, Corazón misericordioso de Jesús, la dulce promesa que habéis hecho a los pecadores de olvidar sus faltas cuando estén arrepentidos de haberlas cometido.

Todo eso es el fruto de vuestros dolores. ¡Oh dulce agonía! ¡oh dulce misericordia! ¡oh dulce amor del Corazón de Jesús! vosotros sois mi esperanza.

II. Punto de meditación: El Corazón afligido de Jesús, abismo insondable de dolor

¡Alma fiel, he aquí la Hora Santa!... Trasladámonos a Gethsemaní, y tratemos de sondear el abismo de dolores en que en este momento se sumerge el Corazón de Jesús. Pero ¿qué digo? ¿Quién podrá jamás expresar, o solamente concebir la extensión de la desolación de Jesús, desolación mil veces más terrible que todos los suplicios que le esperaban en Jerusalén y sobre el Gólgota, tan violenta, en una palabra, que bastaba para quitarle la vida? Mi alma, dice Él, está triste hasta la muerte. Pero ¿por qué no muere? ¡Ah! es que Él mismo retarda su muerte y prolonga su vida para sacrificarla sobre la cruz.

Es verdad que en esta desolación extrema un ángel vino del cielo para confortarlo, pero este socorro, lejos de aliviar su pena, sólo la aumentó; el ángel reanima sus fuerzas para ayudarle a sufrir más tiempo por la salvación de los hombres; le da valor representándole la grandeza de los frutos de la pasión, pero sin disminuir nada el dolor. Además, inmediatamente después de la aparición del espíritu celeste, Jesús cae en agonía y suda sangre en tal abundancia, que baña la tierra.

He aquí pues, alma fiel, he aquí la más cruel de todas las horas que el Corazón de Jesús pasó en la tierra: he aquí cómo su dolor llegó al grado supremo. En vista de los tormentos que van a poner término a su vida, se aterroriza hasta tal punto que suplica a su Padre lo libre de ellos: Padre mío, si es posible, aparta de Mí este cáliz. Sin embargo, Jesús no hace precisamente esta oración para escapar al suplicio que le espera, puesto que se ha sometido a él voluntariamente; pero quiere hacernos comprender las angustias que experimenta con el pensamiento de una muerte tan amarga según los sentidos; pero, hablando al punto según el espíritu, tanto para conformarse con la voluntad de su Padre como para obtenernos la salvación, objeto de los más ardientes deseos de su divino Corazón, agrega: No obstante, hágase vuestra voluntad y no la mía y continúa así orando y resignándose durante tres horas: Se pone por tercera vez en oración, repitiendo siempre las mismas palabras.

¡Qué abismo de aflicción debe ser el infierno, puesto que todo un Dios ha querido sumergirse en un océano de tales amarguras para preservarnos de él! ¡Desgraciados los que serán separados para siempre de Aquel que tanto ha sufrido por salvarlos! ¡Ah! no serán las tinieblas, la infección, los gritos, el fuego, lo que constituirá su infierno, sino el dolor de haber perdido a Dios. Todos los tormentos juntos, dice San Bruno, no podrán igualarse a esta pena. San Juan Crisóstomo asegura que mil infiernos no serán nada en comparación con este tormento. Para daros alguna idea, considerad que, si se pierde, por ejemplo, una piedra preciosa de valor de cien escudos, se experimenta una gran pena; pero si vale doscientos, la pena será doble, y si fuera cuatrocientos, la pena aumentaría en proporción; así el pesar que se siente en la pérdida de un objeto crece en razón de su valor. Ahora bien, ¿qué es lo que ha perdido el condenado? Un bien infinito, que es Dios; la pena que le causa esta pérdida es pues en cierto modo infinita, dice Santo Tomás. En este mundo, sólo las almas santas comprenden esta desgracia. En cuanto a los pecadores, para nada toman en cuenta esta privación; viven meses y años lejos de Dios, y no se inquietan por -ello: y ¿porque? porque viven en las tinieblas. En la hora de la muerte, reconocerán, sin embargo, la grandeza del bien que han perdido por su culpa; pero ¡ay! ¡entonces será tarde, demasiado tarde!...

Práctica

¡Cuán propia es esta consideración para hacerme estimar la hora santa, ya que por medio de este piadoso y saludable ejercicio, podré arrancar muchas almas al infierno! Si me cuesta hacerlo, me diré a mí mismo que es una hora de agonía bien dulce comparada con la agonía de Jesucristo en el Huerto de los Olivos, y con la agonía eterna de los réprobos en el infierno.

Afectos y súplicas

¡Oh dulce, oh amable, oh amantísimo Corazón de Jesús! Vos habéis estado lleno de amargura y agonizante en el Huerto de los Olivos, sin ningún alivio y sin que nadie viera vuestra pena, o al menos os consolara y tomara parte en ella. Vos habéis sufrido todo esto ¡oh Jesús mío! para satisfacer por la agonía eterna que yo debería sufrir en el infierno a causa de mis pecados. Vos habéis sufrido un cruel abandono a la privación de todo socorro para salvarme a mí, que he tenido la audacia de abandonar a Dios y volverle la espada para satisfacer mis perversas inclinaciones. Os doy gracias ¡oh Corazón de mi Señor, tan afligido y tan lleno de amor! os doy gracias y comparto con Vos vuestros dolores, sobre todo, viendo que sufrís tanto por amor a los hombres, y que éstos permanecen insensibles. ¡Oh amor de Jesús!... ¡Oh ingratitud humana!... ¡Oh hombres! contemplad a este inocente Cordero, agonizante por vosotros, a fin de satisfacer a la justicia de Dios por las injurias que le habéis hecho; vedle orando e intercediendo por vos otros ante su Padre, vedle y amadle... ¡Oh! dulce Redentor mío, tan pocos son los que piensan en vuestros dolores y en vuestro amor! ¡cuán pocos son los que os aman!... ¡Ay! yo mismo he tenido la desgracia de vivir durante largo tiempo sin pensar en Vos! ¡Habéis sufrido tanto para que os ame, y yo no os he correspondido! Jesús mío, perdonadme; quiero corregirme, quiero de aquí en adelante amaros. ¡Cuán desgraciado sería si aún resistiera a vuestra gracia y por eso me condenara! Todas las misericordias que me" habéis hecho, y particularmente esta dulce invitación, por medio de la cual me convidáis en este momento a amaros, serían en el infierno mi más cruel suplico. Amadísimo Jesús mío, tened piedad de mí, no permitáis que siga correspondiendo a vuestro amor con la ingratitud; iluminadme y dadme tuerzas para vencer todo y cumplir vuestra santa voluntad. Oídme, os lo suplico, por los méritos de vuestra pasión. ¡Oh queridísima Madre María Santísima! socorredme; Vos me habéis ya obtenido tantas gracias del Corazón de Jesús; os las agradezco, pero, si no continuáis protegiéndome, seré infiel como lo he sido hasta hoy.

ORACIÓN JACULATORIA: ¡Oh Corazón de Jesús, infinitamente misericordioso! no permitáis que sea yo tratado como lo he merecido por mis pecados.

III. Oración final

Señor Jesucristo, que por un inefable milagro de amor, para ganarte los corazones de los hombres, te has dignado darles tu Sagrado Corazón como alimento, escucha las oraciones de los que te suplicamos y perdona los pecados de los que proclaman tu nombre. Vuelve tus ojos misericordiosos a aquellos a los que diriges el amor de tu Corazón, para que aborrezcamos y nos aflijamos por los insultos, el desprecio, la burla y los sacrificios cometidos por hombres desagradecidos de todo el mundo. Que nos inundemos de amor a tu Sacratísimo Corazón, para adorarte en este sagrado misterio, y que acompañemos con alabanzas esos sentimientos de amor por toda la eternidad. Tú, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Viernes Santo 10/04

I. Oración inicial

Todos los ángeles y todas las criaturas alaben siempre vuestra caridad infinita para con los hombres ¡oh Corazón tan amante de Jesús! ¡Que no pueda yo, sacrificando mi vida, hacer que Vos seáis amado de todo el universo! Aceptad este deseo y concededme la gracia de sufrir algo por Vos antes de mi muerte.

¡Oh Corazón infinitamente misericordioso! Vos habéis previsto las ofensas de que un día me haría culpable para con Vos, y Vos preparasteis mi perdón; Vos previsteis mi ruina y me preparasteis el remedio; Vos previsteis mis ingratitudes, y me preparasteis los remordimientos, los temores, las luces, los llamados a la penitencia, los consuelos espirituales y tantas otras pruebas de ternura que quisisteis prodigarme. Parece pues que habéis querido ver quién iría más lejos, si yo con mis ofensas, o Vos con vuestras gracias; si yo en provocar vuestra cólera, o Vos en atraerme a vuestro amor. ¡Oh Verbo encarnado, Varón de dolores, nacido para vivir en el sufrimiento, el primero y último de los hombres: el primero, porque sois Dios y Soberano Señor de todas las cosas; el último, ¡porque habéis con sentido en ser tratado en la tierra como el más vil de todos ellos! ¡Oh Cordero divino! ¡oh Amor infinito, digno de un amor infinito, os amo! Vos os habéis dado todo a mi sin reserva, en vuestra pasión y en el Sacramento del Altar; yo también me doy todo a Vos sin reserva.

II. Punto de meditación: El Corazón de Jesús afligido a causa de los pecados del mundo.

Parece que el Corazón afligido de Jesús nos invita al piadoso ejercicio de la Hora Santa con estas palabras del profeta Jeremías: ¡Oh vosotros, que pasáis por el camino! miradme y ved si hay dolor semejante a mi dolor. Para comprender toda la extensión e intensidad de esta aflicción, es necesario que meditemos, por una parte, el amor que nos tiene el Corazón de Jesús, deseoso de salvarnos a cualquier precio, y por. Otra el horror que tiene por el pecado, causa de nuestra pérdida. ¿Sería mucho, alma fiel, consagrar una hora cada mes a esta saludable meditación?

Jesús lleva en su Corazón a todos los hombres, porque a todos los ama. Pero, siendo todos ellos pecadores, no son para el Corazón amante de Jesús, sino crueles espinas que lo desgarran, según el pensamiento de San Agustín. Es verdad pues que hemos sido los verdugos de este amable Corazón, y verdugos más crueles que los que despedazaron el cuerpo del Salvador. En efecto, buscad en el Huerto de los Olivos, y no hallaréis ni verdugos para flagelarlo, ni espinas, ni clavos, y, sin embargo, corre la sangre divina: Y tuvo, dice san Lucas, un sudor como de gotas de sangre, que corría hasta ti suelo ¿Cuál puede ser la causa de este sudor? ¿Es la previsión de su suplicio la que lo pone en esas angustias? No, puesto que Él se ofreció espontáneamente a sufrirlo.

¡Ah! no busquemos en esto otra causa que nuestros pecados. De la misma manera que en el lagar se hace salir el vino de la uva, así nuestros pecados hicieron salir la sangre de las sagradas venas de Jesucristo. ¿Cuántas veces no hemos contribuido a esta aflicción

aumentando el peso de nuestras faltas? ¡Ah! pesemos aquí la malicia del pecado, a fin de maldecir para siempre lo que ha afligido tanto el Corazón de este buen Maestro.

El pecador aflige al Corazón de Jesús, porque deshonor a Dios, cuya gloria vino a restablecer el Salvador. ¿No renuncia, en efecto, a la gracia santificante y a la amistad divina por una indigna satisfacción? Si el hombre consintiera en perder la amistad de Dios por ganar un reino, y aún el mundo entero, por cierto, que haría un grandísimo mal; porque la amistad de Dios vale más que el mundo y que mil mundos. Pero ¿por qué ofende a Dios el pecador? Por un poco de tierra, por un movimiento de cólera, por un placer brutal, por un humo que desaparece, por un capricho. Cuando el pecador se pone a deliberar si consentirá o no en el pecado, toma, por decirlo así, la balanza en la mano, para ver lo que pesa más, lo que es preferible, si la gracia de Dios, o tal pasión, esta ilusión o aquel placer; cuando después da su consentimiento, declara que esa pasión y ese placer valen más que la amistad de Dios. ¿No es esto deshonor a Dios?

El pecador aflige también al Corazón de Jesús, porque se entrega al poder del demonio, cuyo imperio ha venido a derribar el Redentor. Cuando un alma consiente en el pecado, dice a Dios: Señor, retiraos de mí. Ella no lo dice con la boca, pero lo dice de hecho, porque sabe que Dios no puede permanecer donde está el pecado; pecando, ella misma destierra a Dios de su corazón; y desterrándolo, hace inmediatamente entrar y tomar posesión de él al demonio. Por la misma puerta donde sale Dios, entra el enemigo y se establece como amo en el lugar de Dios. Cuando se bautiza un niño, el Corazón de Jesús se regocija, porque el sacerdote intima al demonio la orden de salir de esa alma y de ceder el lugar al Espíritu Santo; pero, cuando el hombre consiente en el pecado, el Corazón divino se aflige, porque el pecador hace salir a su Dios de su alma y ceder el lugar al demonio. ¿No es esto levantar el imperio de Satanás, destruido por la Redención?

Por fin, lo que aflige al Corazón de Jesús es que lo obligue el pecador a pronunciar sobre su cabeza la fatal sentencia de condenación: ¡Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno!) ¡Desgraciado del que rechaza las gracias que Jesucristo le ha adquirido por medio de tantos trabajos y dolores! ¡Ah! será su mayor tormento en el infierno el pensamiento de que un Dios, por atraer lo á su amor, ha dado su vida sobre la cruz, y que él por su propia voluntad ha querido perderse, ¡entregándose para siempre a una ruina completa y por toda una eternidad!

Práctica

Ofreeceré a menudo al Padre eterno las aflicciones del Corazón de Jesús, en reparación de mis pecados y cíe todos los del mundo.

Afectos y súplicas

No fue, Jesús mío, no fue la contemplación de los azotes, de las espinas y de la cruz, lo que os ocasionó tan grande aflicción en el Huerto de Gethsemaní; fue la vista de mis pecados lo que abrumó vuestro corazón de tanto dolor y tristeza, que os hizo sudar sangre y os redujo a la agonía. He aquí pues cómo he correspondido al amor que me habéis manifestado muriendo por mí. ¡Ah! dadme una parte de ese dolor que sentisteis por mis faltas en el Huerto de los

Olivos, para que me mantenga en la contrición todo el resto de mi vida. ¡Oh dulce Redentor mío! ¡que no pueda yo ahora con mi arrepentimiento y mi amor, consolaros tanto como os afligí entonces! Me arrepiento de todo mi corazón ¡oh Amor mío! de haber preferido miserables satisfacciones a Vos, que todo lo merecéis: me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. A pesar de mis ofensas, oigo que me pedís mi amor: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma. Sí, Dios mío, os amo con todo mi corazón, os amo con toda mi alma; dadme Vos mismo todo el amor que me pedís. Si en otro tiempo me he buscado a mí mismo, ahora quiero buscaros á Vos solo; reconociendo que Vos me habéis amado más que nadie, más que a nadie quiero amaros yo también.

Atraedme siempre, Jesús mío, atraedme más y más a vuestro amor por el olor de vuestros perfumes, es decir, por los dulces atractivos de vuestra gracia. Dadme, en una palabra, fuerza para corresponder a la ternura que todo un Dios ha tenido con un ingrato é infiel gusano de la tierra. ¡Oh María, Madre de misericordia! interceded por mí.

ORACIÓN JACULATORIA: Padre eterno, perdonadme por los méritos del Corazón de Jesús.

III. Oración final

Señor Jesucristo, que por un inefable milagro de amor, para ganarte los corazones de los hombres, te has dignado darles tu Sagrado Corazón como alimento, escucha las oraciones de los que te suplicamos y perdona los pecados de los que proclaman tu nombre. Vuelve tus ojos misericordiosos a aquellos a los que diriges el amor de tu Corazón, para que aborrezcamos y nos aflijamos por los insultos, el desprecio, la burla y los sacrificios cometidos por hombres desagradecidos de todo el mundo. Que nos inundemos de amor a tu Sacratísimo Corazón, para adorarte en este sagrado misterio, y que acompañemos con alabanzas esos sentimientos de amor por toda la eternidad. Tú, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Sábado 11/04

I. Oración inicial

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la desolación que experimentasteis en el momento de vuestra muerte, viéndoos abandonado aún de vuestro Padre eterno, dadme la gracia de sufrir con paciencia todas mis aflicciones, sin perder jamás la confianza en vuestra bondad. ¡Jesús mío! por las tres horas de tormento y agonía que precedieron a vuestra muerte sobre la cruz, hacedme la gracia de soportar con resignación, por amor vuestro, las penas de mi agonía.

II. Punto de meditación: El Corazón de Jesús afligido a causa de los escándalos del mundo.

Una de las principales fuentes de la aflicción del Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemaní, fue la previsión de los escándalos que no cesarían de arrancarle almas hasta el fin del mundo. Lo comprenderéis sin trabajo, amado lector, si consideráis cuan querida le es el alma, creada a su imagen y semejanza. Las otras criaturas, las ha creado por un fiat, un

signo de su voluntad" pero el alma es como emanada de su soplo divino. A esta alma la ha amado desde la eternidad, y la ha destinado a reinar en el cielo y a participar de su gloria divina. Yo mismo, dice Dios al alma pidiéndole su amor, yo mismo seré tu recompensa infinitamente grande.

Pero nada prueba mejor cuanto estima el Corazón de Jesús a un alma, que lo que ha hecho por rescatarla, por sacarla del abismo de perdición en que la había precipitado el pecado. Las cosas, en efecto, son estimadas por el precio que un hombre sabio quiere darles. Si Jesucristo ha vertido su sangre por las almas, debemos decir que las almas valen la sangre de todo un Dios. Lo que mas conmovía a San Pablo y lo abrasaba de amor, era el pensamiento de que Jesús había querido morir, no solamente por todos los hombres en general, sino también por él en particular. Él me ha amado, decía enajenado, Él me ha amado y se ha entregado El mismo por mí. Esta palabra puede repetirla cada uno de nosotros, porque San Juan Crisóstomo asegura que Dios ama tanto a cada hombre en particular, como al mundo entero. Así, la obligación de cada uno de nosotros para con Jesucristo, por haber sufrido por todos, no es menor que la que tendríamos si ese sufrimiento hubiera sido por uno solo. Y ¿quién podrá jamás, pregunta San Lorenzo Justiniano, explicar el amor que tiene a cada uno de nosotros el Corazón de Jesús. Este amor excede al de un hijo por su madre, y al de una madre por su hijo, llegando a tal punto, que, según una revelación hecha a Santa Brígida, el Señor estaría pronto a morir tantas veces cuantas almas hay condenadas, si todavía fuera posible redimirlas. He ahí cómo ama Jesús a as alma. Juzgad por esto cuán profunda sea la aflicción que sintió en el Huerto de los Olivos, previendo el daño que los hombres escandalosos no cesarían de hacer hasta el fin del mundo a tantas almas por las cuales iba El a sacrificar su vida. San León no temía llamar homicida al que da escándalo, y es un homicida más cruel y más impío que cualquiera otro puesto que arranca, no la vida del cuerpo, sino la del alma, que es infinitamente más preciosa que aquella por lo cual hace perder al Salvador todas las lágrimas, todos los sufrimientos y todos los trabajos que ha experimentado por rescatarla. San Pablo dice también que el que con su mal ejemplo hace caer a sus hermanos en el pecado, peca el también contra Jesucristo. ¡Ay! Exclamaba gemiendo San Ambrosio, el que ocasiona la pérdida de un alma quita al Señor el fruto de treinta y tres años de penas y de fatigas.

He aquí lo que ha hecho tan amarga la agonía de Jesús en el Huerto; he aquí lo que le arrancó del Corazón esta dolorosa queja: ¿Provecho hay para Mí al derramar mi sangre puesto que los hombres, por sus escándalos, harán inútil mi pasión para ellos mismos y para los otros? En una palabra: lo que los verdugos hicieron sufrir al cuerpo sagrado del Salvador, crucificándolo, los escandalosos lo hacen sufrir al Sagrado Corazón, arrancándole almas que le eran más preciosas que su misma vida. Si, dice San Bernardo, el Señor sufre una persecución más cruel de parte de los escandalosos, que de parte de los que lo han crucificado.

¡Ah! guardémonos de aumentar el número de esos asesinos de alma, de esos perseguidores impíos del Corazón de Jesús. Evitemos con cuidado, no solo las malas acciones sino también, como lo quiere y dice San Pablo, apartaos aún de toda apariencia de mal. Desarrollando la misma doctrina, nos enseña el Apóstol en otro pasaje, que debernos algunas veces abstenernos de ciertas cosas permitidas, por temor de que esto sirva de tropiezo a los flacos. Debemos guardarnos, igualmente, con mucho cuidado, de repetir ciertas máximas del

mundo, tales como éstas: No hay más que dejarse llevar; «necesario gozar de la vida presente; feliz el que tiene riquezas, etc... ¿Qué escándalo cometería aquel que alabara al que hace el mal; por ejemplo, ¿un hombre que se venga, uno que conserva una amistad peligrosa, que se dedica a lecturas frívolas y poco cristianas? Por fin, si en otro tiempo hemos tenido la desgracia de dar algún escándalo, debemos saber que hay obligación grave de reparar con buenos ejemplos el mal que hemos hecho: ésa es una satisfacción que exige el desolado Corazón de Jesús.

Práctica

Quiero, durante la Hora Santa, llorar con Jesucristo los escándalos que causan la ruina de tantas almas y buscar en mí mismo medios eficaces para remediarlos según las medidas de mis fuerzas.

Afectos y súplicas

¡Ah Jesús mío! yo mismo soy uno de esos desgraciados cuyos malos ejemplos han llenado de amargura vuestro Sagrado Corazón. Decidme ¿cómo habéis podido sufrir tanto Por mí, previendo ya las injurias que yo debía de haceros? Pero, ya que me habéis soportado hasta aquí, no cesando de querer mí salvación, dadme ahora un gran dolor de mis pecados, un dolor igual a mi ingratitud. Señor, detesto con toda mi alma los disgustos que os he ocasionado; si en lo pasado he despreciado vuestra gracia, la estimo ahora más que todos los reinos de la tierra. Os amo con todo mi corazón ¡oh Dios digno de un amor infinito! y sólo deseo vivir para amaros; dadme más amor, recordadme siempre el que Vos me habéis tenido, para que mi corazón arda sin cesar por Vos, como el vuestro arde por mí. ¡Oh Corazón ardiente de María! abrasad de un santo amor mi pobre corazón.

ORACIÓN JACULATORIA: Corazón de Jesús, encendido de amor a las almas, dadme la gracia de reparar el mal que he hecho.

III. Oración final

Señor Jesucristo, que por un inefable milagro de amor, para ganarte los corazones de los hombres, te has dignado darles tu Sagrado Corazón como alimento, escucha las oraciones de los que te suplicamos y perdona los pecados de los que proclaman tu nombre. Vuelve tus ojos misericordiosos a aquellos a los que diriges el amor de tu Corazón, para que aborrezcamos y nos aflijamos por los insultos, el desprecio, la burla y los sacrificios cometidos por hombres desagradecidos de todo el mundo. Que nos inundemos de amor a tu Sacratísimo Corazón, para adorarte en este sagrado misterio, y que acompañemos con alabanzas esos sentimientos de amor por toda la eternidad. Tú, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

ANEXO

- El Santo Rosario

El Santo Rosario ha sido la oración con la que los cristianos han acudido a la Virgen en todas las épocas, para pedir su protección en momentos de dificultad.

Y ahora, aquí tienes una guía para rezar el Rosario. Puedes hacerlo por tu cuenta, o con las personas que te acompañan (tu familia):

<https://catequesisfamiliar.net/ARCHIVOS/cmsr.pdf>

Si lo deseas puedes hacer la lectura de la siguiente reflexión de Fray Julián de Cos, O.P. antes de iniciar:

<https://www.dominicos.org/espiritualidad/rosario/reflexiones/cuatro-montañas-rezo-rosario/>

Puedes escuchar esta meditación del P. Juan José Paniagua sobre la Cruz antes de iniciar el Santo Rosario:

<https://open.spotify.com/episode/4PCBqHbDIEPEMxnP1Kshyk?si=rXJg3RvIRiOpUdc4yIQrag>

- Coronilla de la Divina Misericordia

Lectura recomendable para conocer más sobre la devoción a la Divina Misericordia:

<https://www.faustyna.pl/es/Dzienniczek/Dzienniczek.php?token=1585522702PqNQ2q1bZjQpX6HgE#p=40>

- Las siete palabras
- **Inicia con la señal de la Cruz**

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Las Sagradas Escrituras nos traen muy pocos datos sobre Jesús en la cruz pero los datos que tenemos son bastante claros y fuertes para nuestra vida cristiana. Frente al Cristo crucificado no podemos quedarnos indiferentes... desde la cruz, el Dios desnudo sigue llamándonos al encuentro con el Padre... y este encuentro es en el amor.

Jesús, cargando sobre sí la cruz, salió de la ciudad para dirigirse al lugar llamado "del Cráneo", en hebreo, "Gólgota". Allí lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado y Jesús en el medio". (Jn. 19, 17-18)

La palabra era la luz verdadera... vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el poder de llegar a ser Hijos de Dios. (Jn. 1, 9. 11-12)

En este marco de dolor y marginación, Jesús pronuncia desde la cruz sus siete palabras, palabras que nacen del corazón mismo de Dios y del corazón mismo del hombre, corazón que herido pero compasivo, no quiere irse sin dejar su último testamento hasta que vuelva.

- **Oración:** ¡Virgen de dolores y Madre mía! Que, como Tú, acompañe yo siempre a tu Hijo en vida, redención y muerte. Y después de glorificado en la tierra, le glorifique por toda la eternidad, junto a Él y junto a Ti. Te lo pido por tu aflicción y martirio, al pie de la Cruz. Asísteme siempre especialmente en este último momento del combate cristiano que abrirá la eternidad feliz, en compañía de tu Hijo. Así sea.

Señor pequé, Ten piedad y misericordia de mí.

- **Primera Palabra:**
"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34)

Aunque he sido tu enemigo,
mi Jesús: como confieso,
ruega por mí: que, con eso,
seguro el perdón consigo.

Cuando loco te ofendí,
no supe lo que yo hacía:
sé, Jesús, del alma mía
y ruega al Padre por mí

Señor y Dios mío, que por mi amor agonizaste en la cruz para pagar con tu sacrificio la deuda de mis pecados, y abriste tus divinos labios para alcanzarme el perdón de la divina justicia: ten misericordia de todos los hombres que están agonizando y de mí cuando me halle en igual caso: y por los méritos de tu preciosísima Sangre derramada para mi salvación, dame un dolor tan intenso de mis pecados, que expire con él en el regazo de tu infinita misericordia.

Señor pequé, Ten piedad y misericordia de mí.

- **Segunda Palabra:**
"Hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lc 23, 43)

Vuelto hacia Ti el Buen Ladrón
con fe te implora tu piedad:
yo también de mi maldad
te pido, Señor, perdón.
Si al ladrón arrepentido
das un lugar en el Cielo,
yo también, ya sin recelo
la salvación hoy te pido.

Señor y Dios mío, que por mi amor agonizaste en la Cruz y con tanta generosidad correspondiste a la fe del buen ladrón, cuando en medio de tu humillación redentora te

reconoció por Hijo de Dios, hasta llegar a asegurarle que aquel mismo día estaría contigo en el Paraíso: ten piedad de todos los hombres que están para morir, y de mí cuando me encuentre en el mismo trance: y por los méritos de tu sangre preciosísima, aviva en mí un espíritu de fe tan firme y tan constante que no vacile ante las sugerencias del enemigo, me entregue a tu empresa redentora del mundo y pueda alcanzar lleno de méritos el premio de tu eterna compañía.

Señor pequé, Ten piedad y misericordia de mí.

- **Tercera Palabra:**
"He aquí a tu hijo: he aquí a tu Madre" (Jn 19, 26)

Jesús en su testamento a su Madre Virgen da:
¿y comprender quién podrá de María el sentimiento?

Hijo tuyo quiero ser,
sé Tu mi Madre Señora:
que mi alma desde ahora
con tu amor va a florecer.

Señor y Dios mío, que por mi amor agonizaste en la Cruz y , olvidándome de tus tormentos, me dejaste con amor y comprensión a tu Madre dolorosa, para que en su compañía acudiera yo siempre a Ti con mayor confianza: ten misericordia de todos los hombres que luchan con las agonías y congojas de la muerte, y de mí cuando me vea en igual momento; y por el eterno martirio de tu madre amantísima, aviva en mi corazón una firme esperanza en los méritos infinitos de tu preciosísima sangre, hasta superar así los riesgos de la eterna condenación, tantas veces merecida por mis pecados.

Señor pequé, Ten piedad y misericordia de mí.

- **Cuarta Palabra:**
"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 46)

Desamparado se ve
de su Padre el Hijo amado,
maldito siempre el pecado
que de esto la causa fue.

Quién quisiera consolar
a Jesús en su dolor,
diga en el alma: Señor,
me pesa: no mas pecar.

Señor y Dios mío, que por mi amor agonizaste en la Cruz y tormento tras tormento, además de tantos dolores en el cuerpo, sufriste con invencible paciencia la mas profunda aflicción interior, el abandono de tu eterno Padre; ten piedad de todos los hombres que están agonizando, y de mí cuando me haya también el la agonía; y por los méritos de tu preciosísima sangre, concédeme que sufra con paciencia todos los sufrimientos, soledades y

contradicciones de una vida en tu servicio, entre mis hermanos de todo el mundo, para que siempre unido a Ti en mi combate hasta el fin, comparta contigo lo más cerca de Ti tu triunfo eterno.

Señor pequé, Ten piedad y misericordia de mí.

- **Quinta Palabra:**
"Tengo sed" (Jn 19, 28)

Sed, dice el Señor, que tiene;
para poder mitigar la sed que así le hace hablar,
darle lágrimas conviene.

Hiel darle, ya se le ha visto: la prueba, mas no la bebe:
¿Cómo quiero yo que pruebe la hiel de mis culpas Cristo?

Señor y Dios mío, que por mi amor agonizaste en la Cruz, y no contento con tantos oprobios y tormentos, deseaste padecer más para que todos los hombres se salven, ya que sólo así quedará saciada en tu divino Corazón la sed de almas; ten piedad de todos los hombres que están agonizando y de mí cuando llegue a esa misma hora; y por los méritos de tu preciosísima sangre, concédeme tal fuego de caridad para contigo y para con tu obra redentora universal, que sólo llegue a desfallecer con el deseo de unirme a Ti por toda la eternidad.

Señor pequé, Ten piedad y misericordia de mí.

- **Sexta Palabra:**
"Todo está consumado" (Jn 19,30)

Con firme voz anunció Jesús, ensangrentado,
que del hombre y del pecado
la redención consumó.

Y cumplida su misión,
ya puede Cristo morir,
y abrimme su corazón
para en su pecho vivir.

Señor y Dios mío, que por mi amor agonizaste en la Cruz, y desde su altura de amor y de verdad proclamaste que ya estaba concluída la obra de la redención, para que el hombre, hijo de ira y perdición, venga a ser hijo y heredero de Dios; ten piedad de todos los hombres que están agonizando, y de mí cuando me halle en esos instantes; y por los méritos de tu preciosísima sangre, haz que en mi entrega a la obra salvadora de Dios en el mundo, cumpla mi misión sobre la tierra, y al final de mi vida, pueda hacer realidad en mí el diálogo de esta correspondencia amorosa: Tú no pudiste haber hecho más por mí; yo, aunque a distancia infinita, tampoco puede haber hecho más por Ti.

Señor pequé, Ten piedad y misericordia de mí.

- **Séptima Palabra:**
"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23, 46)

A su eterno Padre, ya el espíritu encomienda;
 si mi vida no se enmienda,
 ¿en qué manos parará?

En las tuyas desde ahora
 mi alma pongo, Jesús mío;
 guardaría allí yo confío
 para mi última hora.

Señor y Dios mío, que por mi amor agonizaste en la Cruz, aceptaste la voluntad de tu eterno Padre, resignando en sus manos tu espíritu, para inclinar después la cabeza y morir; ten piedad de todos los hombres que sufren los dolores de la agonía, y de mí cuando llegue esa tu llamada; y por los méritos de tu preciosísima sangre concédeme que te ofrezca con amor el sacrificio de mi vida en reparación de mis pecados y faltas y una perfecta conformidad con tu divina voluntad para vivir y morir como mejor te agrade, siempre mi alma en tus manos.

Señor pequé, Ten piedad y misericordia de mí.

- **Oración Final**

1 Padre Nuestro, 1 Ave María, 1 Gloria

¿Qué nos enseñan las heridas de Cristo? Nos enseñan que la vida es una lucha: que nuestra condición para la resurrección final es la misma que la suya; que, a no ser que haya una cruz en nuestras vidas, no habrá un sepulcro vacío; a no ser que haya un Viernes Santo, no habrá un Domingo de Resurrección; a no ser que haya una corona de espinas, no habrá una aureola de luz; y que, a no ser que suframos con Él, no resucitaremos con Él.

Las heridas no son tan solo un recordatorio de que la vida es un frente de batalla. Nuestro Señor dijo: "Yo he vencido al mundo". Lo que quiso decir fue que venció al mal. La victoria está garantizada, solo que aún nadie nos ha dado esta buena noticia. El mal nunca será más fuerte de lo que lo fue en ese día particular, pues lo peor que puede hacer el mal no es iniciar guerras y dejar ciudades en ruinas... yendo en contra de lo bueno y de los vivos. Lo peor que puede hacer el mal, es matar a Dios. Al haber sido derrotado en ese preciso momento, el momento más fuerte del mal, cuando el mal portaba su mejor armadura, nunca más puede resultar victorioso.

- **Termina con la señal de la Cruz**

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Fuente: FULTON J. SHEEN